

Dionisia García



Dionisia García Sánchez, nació en Fuente Álamo (Albacete). Licenciada en Filología Románica. Publicaciones: «El Vaho en los espejos» y «Antifonas». Premios: Ayuntamiento de Alicante y Orituela. Accésit del premio «Polo de Medina», otorgado por la Excm. Diputación Provincial de Murcia.



CUANDO regreses, al atardecer, ata bien tus sayas; dicen que una pandilla de cueros arremete contra la gente. La otra noche desordenaron a Francisco Soto, bebedora de aguardiente, acostumbrada a bregar, y que en todo es un tío, menos en eso, porque lleva las sayas bien atadas, aunque se las suelta cuando quiere. Aquella noche no quería; la colgaron de un árbol, entre cinco, y la pulieron; quedó como fruta picada; en el suelo, encontraron la enagua empuntillada y blanca, de novia vieja y astuta. Desde entonces, pasar por el camino, anuncia mala señal; mejor es que arrodes, que te vea venir hacia mí.

Antes de marchar, ventea la olla, para que sorban a gusto, cuando se sienten en el corro, y beban el caldo espumado. No olvides cuanto digo, ahora que te bullen las ideas y el cansancio no te abate. Tu, mandas, porque estás prieta; compruébate, eres un risco.

¿Qué miras mientras hablo? Ya veo: nuestra vecina, Teresa, te llama la atención; nadie la quiere. Fueron a por ella cuando saña de su casa, y le estamparon tantos besos que la boca no ha vuelto a ser suya, y continuamente bombea. ¡Maldito pueblo este! La cosa comenzó cuando Manuela Caro entró en eso de las psicofonías, que me costó aprender la palabra; el aire, ¡que más quisiera el aire que guardar las voces del más allá! ¿Te imaginas al Galillo y al Cosme, con sus voces de tinaja, entubados con micrófonos para luego? Son cosas, ¿sabes? A ti nadie te cuenta nada, pero ya te contarán. De pronto, con un desenjuago tremendo, empiezan a contar, y no paran; te lo cuentan todo, y te obligan a retenerlo y a contarlo de nuevo. Mi caso es distinto; tengo que ponerte al corriente; cuando termine, no me preguntará, lo cual me dolerá, porque no sabré si habrás aprendido.

Mientras hablo, deja al rescoldo la comida de Juan Quemanoches; en cualquier momento puede llegar; no tiene hora, porque no sabe cuando clarea; se despierta con los ojos cruzados, coge el enganche, unce la mula, y clava la reja en la tierra hasta emborracharse de gasones. Su madre tenía gracia en las manos; se untaba las yemas de los dedos con aceite del candil y maznaba en redondo la barriga, el estómago, o la espalda de los dolientes; se llamaba Telesfora; su aliento oía a medicina de yerbas; parió a Quemanoches en el ensanche de la rambra; era verano y dormía al sereno, porque estaba recogiendo la cosecha. Dicen que el niño salió como una estrella que atrajo a los ocupantes de otros carrmatos; según parece, se alumbró a sí mismo, y por eso confunde la noche con el día. No creas estas cosas; las cuento para que sepas como los bizcos tienen también historia.

Lucas, el loco, es un santuario. No te metas con él; lo tienen encadenado, desde hace cuarenta años, a la puerta del postigo. Habla constantemente, y dice lo que ha ocurrido en los años. A su boca acuden los nombres de tres camadas de putas; inicia el pregón al alba, y las mujeres de Alamillo se tapan la cabeza con la manta,

Tú, Juana

(Segundo premio «Gabriel Miró» 1980)

por temor a escuchar sus nombres; relata a los ladrones, a los avaros y a los tercios; estos últimos le sacan de sí, los llama cabrones de obligación, cosa que no alcanzo a entender. ¡Pobre Lucas! En cambiando la luna, no lo desatan ni para comer o descargarse; se cisca encima y emborrana la tapia con sus desechos. La familia se acostumbró al loco; no quiere enchiquerarlo por temor a los reconcomios.

Aún no he terminado; has de saber quién vive detrás de cada puerta. No quiero olvidar a Virtudes la Mesonera, moza bigotuda y corpulenta, que servía café vestida de mahometana; cuando su marido Genaro. El Chepao; tocaba, al acordeón, «Llámame de Amor», ella se quedaba en viso, y bailando, volcaba el escote sobre los clientes. El Chepao sufría; al no poder llorar, estiraba el acordeón hasta acallararlo. Un día no hubo atracción; dicen que Genaro desapareció con su música; otros comentaron que se hizo emparedar en la tapia del matadero; habrás visto que muestra un saliente. Lo cierto es que ella ya no baila; el Chato, un soltero solitario que Dios sabe qué hará por las noches, sirve ahora; le han visto peonar en el cementerio viejo; sus manos manejan el legón mejor que Rodrigo, el que gana los premios en la fiesta. Aseguran que a Rodrigo le nació el empuño con la tierra desde que su mujer lo manchó; un día la sorprendió con el alcalde Miras, y agarró el legón para matarla, pero al colgarse ella, suplicante, de su cuello, lo clavó en la tierra. Cavando, aguantó tres días en el banca; y desde entonces, no hace otra cosa. Pero volvamos al Chato: con gente fea siempre hay que alertar. El fue quien desoló el coche del concejal; lo requisó para lucirse ante Isabel Malpila, una muchacha hija del amor, pero que sabe hacerse respetar, aunque las gentes hablen. Cuando el Chato apareció, ella lo miró, y él huyó de aquellos ojos.

Si pasas por la puerta de Remedios la Curtidora, no te quedes ante la ventana del estor violeta; en ese cuarto está encamada Dominga, su hermana, deshonrada por el fantasma del lavadero, de quien parió un

hijo con la manía de encapucharse; en cuanto el hombre puede, se cubre la cara y corretea por las noches, aunque a nadie asusta. Insisto en que no te detengas allí; la mujer, ya vieja, habla feo. ¡Ah si yo pudiera guardarte!

Prepara la mesa; se me antoja comer antes de que lleguen los huéspedes; siempre me ha molestado mascar a coro. La clientela de nuestra pensión pasa de los treinta y cinco; cuando intentan sacar, de las junturas, las brizas de carne, los gestos me producen vómito; sus bocas parecen caracolas vacías y en movimiento. Ciertas maneras me hacen daño; eso va con una, aunque esta carne aparente otra cosa. No olvides que soy hija de Gerardo Núñez, y eso prueba. Tú tienes aún los dientes apretados; verte comer refresca.

Como vergüenza siento cuando clavas tus ojos en los míos, ¡y tan negros! Me gustaría descubrir qué piensas. De vez en cuando te veo espantada; no quisiera imaginar que sufres, quizás por haber nacido mujer, quizá por ser yo tu madre, ¡quizá por otras cosas! ¿Qué puedo saber?

Termino con esto: no has conocido a las Alfonsas, tres solteras rubias y habladoras, que se pringaban el cutis con aceite de cerezas y se lavaban con algodón empapado en agua de colonia. Una de ellas se chifló por tu padre; lo demostraba su modo de mirarle, aunque no pasó a más, y murió sin catarlo. Las otras dos también murieron. Ninguna movió jamás un esparto; aquí en la Mancha, donde faltan manos; sin embargo, las tres se deshicieron y cuartearon hasta terminar pura arruga. Cuando asistíamos a la misa parroquial, era yo niña, y ellas, mozas; intentaba situarme cerca, para olerlas. En verano, se abanicaban; de vez en cuando abrían el escote, y también se abanicaban allí. En una ocasión me dieron un beso, y me limpié; parecía pegado a mi mejilla.

Me había propuesto concluir; sin embargo, necesito contarte algo más; de no hacerlo, tu abuela Sacramento me lo reprocharía. Son cosas difíciles de explicar; trataré de decirte. También yo soy hija del amor; mi madre era muy guapa, todos lo dicen. Gerardo Núñez no la engañó; se gustaron, se quisieron, y nadie los comprendió; luego vine yo, y fui calvario desde la escuela hasta el altar. Ella lo sabía; antes de morir quiso pedirme perdón. «¿De qué?» —le pregunté. He sido siempre la hija de Sacramento, sitiada por la herencia, y remirada como persona a quien falta algo. Tu padre me quiso; era un buen hombre y un maltrabajador. Nunca conocí noches de más de cuatro horas; sin embargo, no me quejo; mereces eso y mucho más. Hablan de la guerra, y digo: «¿Qué importa la guerra!». Naciste como un verdorón tiñoso, y se te fue haciendo el cuerpo con mis horas sin sueño y mis manos embotadas; ¡qué gozo verte redondear! ¡Si pudiera hacer que resonaras! Pero tú, Juana, ni siquiera me oyes, ni siquiera me hablas. ¡Al menos, un aullido!

Ilustración de Paco Salinas